

LLEGUÉ A SU CASA BUSCANDO UNOS DATOS para la historia del municipio, pero además de eso hallé otra historia: aquella persona, más asombrosa y edificante que las fundaciones o hechos heroicos que pudieran haber protagonizado los abuelos lejanos.

Él y su familia, agradables, acogedores, me permitieron compartir su amistad y la maravillosa lección de su carácter. Así supe cómo había perdido la visión, poco a poco, desde el año 1980 y dos años después con solo 60 años tuvo que jubilarse.

El diagnóstico fue glaucoma bilateral, que en un episodio agudo de hipertensión, anuló totalmente el ojo derecho... “Pero con uno solo veía bien, decía sonriendo, me acostumbé.” Iba a todas partes, al teatro, etcétera. Y una noche, pasados algunos años, vio cada vez más borrosa la pantalla del televisor, era un derrame intraocular...

Después del tratamiento con ozono que no dio resultado –fue la época en que lo conocí–, quedó viendo algunas sombras y contornos pero nada más. A pesar de eso su carácter amable, conversador y alegre, no varió, siempre siguió siendo él mismo. Me daba cuenta de que se valía por sí mismo en aquella casona con escaleras, aposentos, pasillos, pero también que todo en la casa giraba alrededor suyo; que le preguntaban cuando necesitaban papeles, documentos, alguna herramienta o piezas de vajilla y daba con certeza las instrucciones para que hallaran lo que era buscado.

Un día, al celebrarle lo bien combinado que estaba siempre, me explicó que tenía todo en el escaparate por orden de colores, los pantalones los conocía por el tacto y la textura de las telas, que las camisas se diferenciaban por los cuellos, los bolsillos, el grueso y así todas las prendas de vestir... los familiares se reían de mi asombro y añadían algo más.

Tomaban sus medicinas en cajitas que una de sus hijas le dejaba preparadas pero además él se ocupaba de darle la cajita a su esposa para que se tomara las de ella “no se fuera a olvidar”. Se bañaba solo y conocía los perfumes por el tacto del frasco.

Lo veía comer manejando los cubiertos con seguridad y destreza...

Hablábamos mucho, es un gran conversador pero también deja expresarse a los demás y se ríe sabrosamente. Siempre preocupado por la salud de los enfermos de familiares y amigos y por los sentimientos de los demás. Nunca había conocido a nadie con menos quejas ni irritaciones.

Un buen día, estando solos, le pedí permiso para hacerle una pregunta muy íntima.

- Pregunta lo que quieras, respondió de buena gana. ¿Nunca te has sentido triste, desesperado?, ¿nunca te has rebelado contra tu destino?

Y entonces vi el fondo más hermoso de su alma; la pregunta fue tan directa que cambió su rostro y exclamó: “Sí, pero cuando me pasa –y le corrían las lágrimas como una fuente silenciosa– le digo al Señor: ‘Tú sufriste más por mí, para darnos el derecho al Reino, moriste por mis pecados, me perdonaste sin reproches y te ofrezco lo que me sucede para que otros te conozcan y te honren, para ser digno de estar algún día en tu presencia’”.

Aquello me emocionó tanto que lo abracé y mi llanto corrió con el suyo... Entonces lo vi por primera vez: su dolor aceptado y ofrecido, el amor con que rodeaba a los demás, no ser amado sino amar, no ser consolado sino consolar...

Ahora pienso en él siempre que la vida no se acomoda a mis deseos porque las ventanas de sus ojos sin luz llenas de lágrimas, me recuerdan el camino... Ω